

DE VENTA



En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo núm. 12.

PUBLICADOS

los tomos dedicados a

MANUEL ACUÑA.
MANUEL M. FLORES.

EN PRENSA.

ANTONIO PLAZA.
IGNACIO M. ALTAMIRANO.
SOR JUANA INES DE LA CRUZ.
ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.
IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.
JUAN DE DIOS PEZA.



PQ7250

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



POESIAS



LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO

1885.

PQ7250

El Parnaso Mexicano.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



IGNACIO M. ALTAMIRANO

EL PARNASO MEXICANO.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,

José M. Vigil, José M. Bandera,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,

Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

México. 1º de Julio de 1885.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla, capital del Estado de Guerrero, y como D. Benito Juárez, el más eminente hombre de México, es indígena de pura raza.

Pobre y oscura su familia, apenas en sus primeros años tuvo Altamirano unas ligeras nociones de instrucción primaria, que bastaron, no obstante, para revelar lo que el joven indio podría llegar á ser, y á lo cual debió que las autoridades de su pueblo lo escogiesen, previa oposición con otros jóvenes, para enviarle á recibir una educación superior al Instituto de Toluca, lo que se verificó en 1849. Destinado por la Providencia á triunfar á la manera de Cesar, no estudió materia

alguna en que no obtuviese la primera calificación y el premio de honor. Pequeño para su talento el Instituto de Toluca, pasó al de San Juan de Letrán en México, obteniendo en él triunfos idénticos.

Ante la dictadura del general Santa-Anna, y por efecto de sus propios excesos, surgió entónces el gran partido liberal, que hoy domina en la República, y Altamirano se afilió en él tomando como militar parte activa en la revolución de Ayutla.

Apénas triunfaron sus ideas, volvió de nuevo á sus estudios, y con la mayor brillantez concluyó su carrera de abogado en 1859. Lanzado de nuevo á la lucha el partido liberal á consecuencia de los abusos reaccionarios, estalló entónces la guerra de Reforma, y Altamirano luchó por el triunfo como periodista y como soldado, adquiriendo tal nombradía, que fué electo diputado al Congreso general en 1861.

Como el caudillo romano, le bastó llegar y ver para encontrarse victorioso una vez más, y Altamirano brilló en la tribuna parlamentaria hasta deslumbrar, no sólo á sus oyentes, sino á todo el país. No ya los periódicos nacionales, los escritos en idioma extranjero, se deshicieron en entusiastas elogios:

“Toda la ciudad—decia *L'Estafette*—resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Altamirano. Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable. . . . La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada en citas históricas oportunas y bien escogidas. . . . Jamás en México se ha oído un orador tan enérgico y arrebatador.”

Entónces fué cuando se le llamó el *Danton de América*, y su nombre salió por primera vez de su país, publicando el retrato del gran orador, *L'Illustration Française* y el *Correo de Ultramar*, en París, acompañado de encomiásticos artículos.

Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á tal altura á Altamirano, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervención francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la acción de Tierra Blanca; tres días después, la de los Hornos; en 1867, obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los Estados del Sur; se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la acción el

jefe imperialista; ocupó el Valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital: en Marzo del mismo año marchó al sitio de Querétaro, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como en la terrible acción del *Cimatario* del 28 de Abril y el de Callejas de 1º de Mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe.

Restablecida la República, Altamirano fué electo magistrado de la Suprema Corte de Justicia, de la que ha sido fiscal, y últimamente presidente en sustitución del Sr. Vallarta: ejerció también el cargo de Procurador general de la Nación.

A él sólo debe la literatura moderna mexicana todo su esplendor; á él, que ha sido para todos los escritores más que un amigo, un padre. Se le llama, y lo ha sido, *el maestro*: con entera justicia se le considera el patriarca de la actual generación literaria. Él ha fundado ó contribuido á fundar las primeras sociedades en su género: él ha creado y dirigido muchos de los primeros periódicos y semanarios: ninguno de sus compatriotas ha reunido mayor número de diplomas de corporaciones científicas y literarias extranjeras. Como profesor, ha desempeñado en los establecimientos oficiales las cátedras de la-

tinidad, de Derecho administrativo, de Historia general y de México, de Historia de la filosofía.

Sus principales obras son: *Rimas*, preciosa colección de poesías; *Movimiento literario en México*, *Dramaturgia mexicana*; *Baltasar*, *Medea*, revistas críticas en que campea una erudición desmedida; *Clemencia*, *Antonia* y *Beatriz*, *Luisa*, *La Navidad en las Montañas*, novelas y leyendas, la primera, sobre todo, inimitable.

Altamirano es una de las más notabilísimas figuras de su patria.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

A M a r i a L a n g r a n d .

(INÉDITA.)

De tus ojos azules, como el cielo
Que limpio entolda el mexicano suelo,
En el sereno y cándido mirar,
Se reflejan la gracia, la dulzura
Y la santa bondad de tu alma pura
Como la luz refleja sobre el mar.

Tiene tu blanda y plácida sonrisa
Algo de la frescura de la brisa
Que corre juguetona en el pensil,
Y tu frente bellísima de esposa
Más blancura y pureza que la rosa
Que abre su caliz al calor de Abril.

En tu angélica voz se escuchan notas
Del murmullo de amor de las huilotas
Que gimen en el bosque tropical.

Y entre tus labios la palabra suena
De melodiosas inflexiones llena
Como el canto hechicero del turpial.

Todo es belleza y gracia y armonía,
En tu cuerpo y espíritu, María,
En tí todo es perfume y todo es flor.

Mirarte nada mas, es ser dichoso.
¡Cuánta ventura, tu gentil esposo
Tiene, en ser dueño de tu dulce amor!

¡Adios! ¡Adios! en México tu huella
El paso fué luciente de una estrella;
Todos bendicen tu existencia aquí.

¡Dicha?... tú la tendrás dó quier que fueres,
Amas, eres amada cual tú quieres,
Y el cielo mismo se complace en tí.

México, Noviembre 1° de 1884.

MARIA.

Allí en el valle fértil y risueño,
Dó nace el Lerma, y, debil todavía
Juega, desnudo de la régia pompa
Que lo acompaña hasta la mar bravía;
Allí donde se eleva

El viejo Xinantecatl, cuyo aliento,
Por millares de siglos inflamado,
Al soplo de los tiempos se ha apagado,
Pero que altivo y magestuoso eleva
Su frente que corona eterno hielo
Hasta esconderla en el azul del cielo.

Allí donde el favonio murmurante
Mece los frutos de oro del manzano
Y los rojos racimos del cerezo
Y recoje en sus alas vagarosas
La esencia de los nardos y las rosas.

Allí por vez primera
 Un extraño temblor desconocido,
 De repente, agitado y sorprendido
 Mi adolescente corazón sintiera.

'Turbada fué de la niñez la calma,
 Ni supe qué pensar en ese instante
 Del ardor de mi pecho palpitante
 Ni de la tierna languidez del alma.

Era el amor: mas tímido, inocente,
 Ráfaga pura del albor naciente,
 Apenas devaneo
 Del pensamiento virginal del niño;
 No la voraz hoguera del deseo,
 Sino el risueño lampo del cariño.

Yo la miré una vez--virgen querida,
 Despertaba cual yo, del sueño blando
 De las primeras horas de la vida;
 Pura azucena que arrojó el destino
 De mi existencia en el primer camino,
 Recibían sus pétalos temblando
 Los ósculos del aura bullidora,
 Y el tierno caliz encerraba apenas
 El blanco aliento de la tibia aurora.

Cuando en ella fijé larga mirada
 De santa adoración, sus negros ojos

De mí apartó; su frente nacarada
 Se tiñó del carmín de los sonrojos;
 Su seno se agitó por un momento,
 Y entre sus labios espiró su acento.

Me amó también.—Jamás amado había;
 Como yo, esta inquietud no conocía,
 Nuestros ojos ardientes se atraieron
 Y nuestras almas vírgenes se unieron
 Con la unión misteriosa que preside
 El hado entre las sombras, mudo y ciego,
 Y de la dicha del vivir decide
 Para romperla sin clemencia luego.

¡Ay! que esta unión purísima debiera
 No turbarse jamás, que así la dicha
 Tal vez perenne en la existencia fuera:
 ¿Cómo no ser sagrada y duradera
 Si la niñez entretejió sus lazos
 Y la animó, divina, entre sus brazos
 La castidad de la pasión primera?

Pero el amor es arbol delicado
 Que el aire puro de la dicha quiere,
 Y cuando de dolor el cierzo helado
 Su frente toca, se doblega y muere.

¿No es verdad? ¿No es verdad, pobre María?
 ¿Por qué tan pronto del pesar sañudo

Pudo apartarnos la segur impía?
 ¿Cómo tan pronto oscurecernos pudo
 La negra noche en el nacer del día?

¿Por qué entónces no fuímos más felices?
 ¿Por qué entónces no fuímos más constantes?
 Por qué, en el debil corazón, señora,
 Se hacen eternos siglos los instantes,
 Desfalleciendo antes
 De apurar del dolor la última hora?

¡Pobre María! entónces ignorabas
 Y yo también, lo que apellida el mundo
 Amor. ¡amor! y ciega no pensabas
 Que es perfidia, interés, deleite inmundo,
 Y que tu alma pura y sin manchilla
 Que amó como los ángeles amáran
 Con fuego intenso, más con fé sencilla,
 Iba á encontrarse sóla y sin defensa
 De la maldad entre la mar inmensa.

Entónces, en los días inocentes
 De nuestro amor, una mirada sóla
 Fué la felicidad, los puros goces
 De nuestro corazón. el casto beso,
 La tierna y silenciosa confianza,
 La fé en el porvenir y la esperanza.

Entónces. en las noches silenciosas,
 ¡Ay! cuántas horas contemplamòs juntos

Con cariño las pálidas estrellas
 En el cielo sin nubes cintilando,
 Como si en nuestro amor gozaran ellas;
 O el resplandor benéfico y amigo
 De la callada luna,
 De nuestra dicha plácida testigo,
 O á las brisas balsámicas y leves
 Con placer confiamos
 Nuestros suspiros y palabras breves.

¡Oh! ¿qué mal hace al cielo
 Este modesto bién, que trás él manda
 De la separación al negro duelo,
 La frialdad espantosa del olvido
 Y el amargo sabor del desengaño,
 Tristes reliquias del amor perdido!

Hoy sabes qué es sufrir, pobre María,
 Y sentiste al presente
 El desamor que mezcla su hiel fría
 De los placeres en la copa ardiente,
 El cansancio, la triste indiferencia,
 Y hasta el ódio que impío
 El antes cielo azul de la existencia
 Nos convierte en un cóncavo sombrío,
 Y la duda también, duda maldita
 Que de acibar eterno el alma llena,
 La enturbia y envenena
 Y en el caos del mal la precipita.

Muy pronto, sí, nos condenó la suerte
 A no vernos jamás hasta la muerte;
 Corrió la primer lágrima encendida
 Del corazón á la primer herida
 Mas pronto se siguió el pesar profundo,
 Del desdén la sonrisa amenazante
 Y la mirada de ódio chispeante,
 Terrible reto de venganza al mundo.

Mucho tiempo pasó.—Triste seguimos
 El mandato cruel del hado fiero,
 Contrarias sendas recorriendo fuimos,
 Sin consuelo ni afán. . . . Y también, señora,
 Podemos sin rubor mirarnos ora?
 ¡Ah! ¡qué ha quedado de la vírgen bella!
 Tal vez la seducción marcó su huella
 En tu pálida frente ya surcada,
 Porque contemplo en tus hundidos ojos
 Señal de llanto y lívida mirada
 Con el fulgor de acero de la ira.
 Se marchitaron los claveles rojos
 Sobre tus lábios ora contraídos
 Por sonrisa de desdén que desatía
 Tu bárbaro pesar, pobre María!
 Y yo yo estoy tranquilo:

Del dolor las tremendas tempestades,
 Roncas rugieron agitando el alma;

La erupción fué terrible y poderosa
 Pero hoy volvió la calma
 Que se turbó un momento,
 Y aunque siente el volcán mugir violento
 El fuego adentro dél, nunca se atreve
 Su cubierta á romper de dura nieve.

Continuemos, mujer, nuestro camino.
 ¿Dónde parar? ¿Acaso lo sabemos?
 ¿Lo sabemos acaso? Que el destino
 Nos lleve, como ayer: ciegos vaguemos,
 Ya que ni un faro de esperanza vemos.
 Llenos de duda y de pesar marchamos,
 Marchamos siempre, y á perdernos vamos,
 ¡Ayl de la muerte en el océano oscuro.
 ¿Hay más allá riberas? no es seguro,
 Quién sabe si las hay; mas si abordamos
 A esas riberas torvas y sombrías
 Y siempre silenciosas,
 Allí sabré tus quejas dolorosas,
 Y tú también escucharás las mías.

En el album de la Srita. Luz Arce.

—
(INÉDITA.)
—

Hallar un seno cariñoso y puro
Donde posar la frente dolorida,
Cuando se torna el horizonte oscuro
En las hondas tristezas de la vida;

—
Por un instante vislumbrar el cielo
En los amantes ojos de una maga,
Cuando al soplo invernal de amargo duelo
La fé, su antorcha vacilante apaga.

—
Y creer y esperar! Y altivo y fuerte
Proseguir, contemplando en el camino
Las promesas de vida ante la muerte,
Las sonrisas de triunfo ante el destino.

Tal es la dicha que á tu padre ofrece
Tu amor con tu hermosura y tu terneza,
Su pena, al contemplarte, desaparece
Y se convierte en gozo su tristeza.

—
El hombre del combate, aquel valiente
Que desafió mil veces la metralla,
Sólo llevando en su mirada ardiente
El siniestro fulgor de la batalla.

—
Aquel patriota altivo cuyo aliento
Sobrepujó al peligro, y supo osado
Esconder del amor el sentimiento
Bajo la férrea cota del soldado.

—
Al mirarse en tus ojos de gacela
Hija de su alma, niña dulce y pura,
Abre su corazón, su amor revela,
Débil se inclina, y llora de ternura.

—
Tú eres para él la dicha de la tierra,
Única luz que mira en lontananza;

En tí sus sueños de ventura encierra
El culto de su vida y su esperanza.

¡Padre amante y feliz! ¡hija amorosa!
Cuando un cuadro tan bello está delante
De triste envidia el corazón rebosa.
¡Qué diera yo por suerte semejante!

Junio 3 de 1881.

LOS NARANJOS.

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.
Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*.
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.
Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;

Desde que alumbrió la aurora
 Jugueas loca allí.
 ¿Acaso el genio que habita,
 De ese río en los cristales,
 Te brinda delicias tales
 Que lo prefieres á mí?
 ¡Ingrata! ¿por qué riendo
 Te apartas de la ribera?
 Ven pronto, que ya te espera
 Palpitando el corazón.
 ¿No ves que todo se agita,
 Todo despierta y florece?
 ¿No ves que todo enardece
 Mi deseo y mi pasión?
 En los verdes tamarindos
 Se requiebran las palomas;
 Y en el nardo los aromas
 A beber las brisás ván.
 ¿Tu corazón, por ventura,
 Esa sed de amor no siente,
 Que así se muestra inclémente
 A mi dulce y tierno afán?
 ¡Ah, no! perdona, bien mío;
 Cedes al fin á mi ruego;
 Y de la pasión el fuego
 Miro en tus ojos lucir.
 Vén, que tñ amor, virgen bella,
 Nectar és para mi alma;

Sin él, que mi pena calma
 ¿Cómo pudiera vivir?
 Vén y estréchame, no apartes
 Ya tus brazos de mi cuello,
 No ocultes el rostro bello,
 Tímida huyendo de mí.
 Oprímanse nuestros lábios
 En un beso eterno, ardiente,
 Y trascurren dulcemente
 Lentas las horas así.

 En los verdes tamarindos
 Enmudecen las palomas;
 En los nardos no hay aromas
 Para los ambientes ya.
 Tú languideces; tus ojos
 Ha cerrado la fatiga,
 Y tu seno, dulce amiga,
 Estremeciéndose se está.

En la ribera del río
 Todo se agosta y desmaya;
 Las adelfas de la playa
 Se adormecen de calor.
 Voy el reposo á brindarte
 Del trebol en esta alfombra,
 A la perfumada sombra
 De los naranjos en flor.

Las Amapolas.

UROR.—TÍBULO.

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose vá,
Y sólo de cuándo en cuándo

Ronco, impotente y fugaz,
Se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
Entre el verde carrizal,
Asoma una bella joven
De linda y morena faz;
Siguiéndola vá un mancebo
Que con delirante afán
Ciñe su ligero talle,
Y así le comienza á hablar:

--"Ten piedad, hermosa mía,
Del ardor que me devora,
Y que está avivando impía
Con su llama abrasadora
Esta luz de mediodía.

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gime soñoliento:
El río, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mústias se tuercen las rosas,

Inclinando perezosas
Su rojo caliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
Los floripondios tostados;
Tibios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas;

Todo invitarnos parece;
Yo me abraso de deseos;
Mi corazón se estremece,
Y ese sol de Junio acrece
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
Al pié de los platanares,
Por el remanso bañado,

Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundamos nuestras almas
En un beso, en un aliento.
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas."—

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo. . . . y nada más.

Entre las palmas se pierden;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya

Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida vá;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio, 1858.

AL ATOYAC.

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,
Y opongán en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal:
Y plácido murmuras al pié de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.
